

CONTINUACION
DE LA ANTECEDENTE.

CONVERSACION OCTAVA.



Sever. **N**o parece una cosa imposible, que todos los hombres convengan en admitir un error. Es necesario que los que pretenden que esto no ha sucedido, ni puede suceder segun el orden de la naturaleza, demuestren con razones la verdad de esta proposicion. El argumento que forma del consentimiento de todos los pueblos, es un argumento moral, que sirve solo para satisfacer al vulgo, que estando ya persuadido de la existencia de Dios, no desea que se le pruebe; pero para los espíritus fuertes las razones morales no tienen la misma fuerza. El que quiera convencerlos, es necesario que use de argumentos metafísicos, que son enteramente ciertos y demostrativos de la verdad.

Clem. Esta tu objecion que la has tomado de Pedro Baylé corifeo de los ateístas, es celebrada por estos con grande encarecimiento, como si ella estribara en el mayor peso de razones; pe-

ro voy á demostrar su debilidad. Primeramente, los defensores de la existencia de Dios la prueban no solamente con argumentos morales, sino tambien con argumentos metafísicos y físicos, que producen una total certeza: tales son muchos de los que te he propuesto, sacados de la contemplacion del universo, y de las causas y efectos de la naturaleza. En segundo lugar, el argumento moral cuando es perfecto y conforme á las reglas de la critica, lleva consigo la luz de una evidencia capaz de iluminar los ojos del entendimiento mas ciego, á menos que no haya abrasado, como los atéos, el monstruoso pirronismo, tan degradante de la naturaleza racional. Por ejemplo, ¿habrá hombre por insensato que sea que niegue, que existió César Augusto, emperador de los romanos, á vista de innumerables historias que así lo aseguran; á vista de las medallas, de las inscripciones y otros monumentos que se erigieron en memoria de este emperador; y á vista en fin de la misma tradicion acerca de su existencia?

Esta verdad tiene tal carácter de certeza, que ninguno la niega; pues ella no estriba en razones metafísicas, sino

solamente morales: y, en general, todo hecho que se refiere con las circunstancias que requiere la crítica juiciosa, produce una certeza que los filósofos llaman evidencia moral, á que no puede negarle el ascenso, sino solo un hombre enemigo declarado de la verdad.

Pues ¿qué dirémos de la ecsistencia de la divinidad, que consta por infinitos monumentos, y por la creencia y tradicion de todas las naciones, en todos los siglos? Toda luz ilumina en círculo, porque ilumina ácia todas partes, y si se quiere buscar el origen y principio de ella, se ocurre al centro comun de donde nacen los rayos, y allí se encuentra. A este modo, si queremos hallar el origen de la persuacion de la ecsistencia de Dios, en que siempre han estado todos los pueblos deramados por todo el orbe, es necesario que ocurramos al centro comun, que es el primer hombre, de quien todos han nacido, y allí lo encontraremos. Y si no, dime: ¿quién es el autor de esta creencia? Se sabe quienes han sido los autores de las sectas religiosas y de las demás opiniones, ya en la filosofia, y ya en las otras ciencias, y se señala en las historias la

época en que ecsistieron. En virtud de esto vuelvo á preguntarte, ¿quién fué el inventor de la persuacion, de que ecsiste un Dios en el universo, y en qué tiempo ecsistió este inventor?

Sever. En el sistema de la eternidad del mundo, no es estraño que no se sepa quien fué el autor de esta invencion; pues es de creer que haya ecsistido en algun siglo remotísimo de los infinitos que lleva el mundo de ecsistencia; y así, el nombre de este inventor y la época en que vivió, se habrán perdido en la obscuridad de los tiempos, no obstante que haya noticia de los autores de otras sectas y opiniones, pues estos ecsistieron en siglos no muy remotos del nuestro.

Clem. Hay muchas razones con que desvanecer tu respuesta. Sea la primera que, como tengo probado, el sistema de la eternidad del mundo es una pura invencion; porque no estriba en algun fundamento sólido. La segunda, que no es creible que se hubiera perdido la memoria de un hombre tan célebre, que fué inventor de un sistema, que tiene sobre los otros las notables ventajas de haber sido abrazado y sostenido por todos los pueblos, en todos

los siglos de que tenemos noticia. La tercera, ¿qué hombre fué este tan feliz, que ha conseguido lo que ninguno? Otros han hecho descubrimientos en las ciencias, fundándolos en razones sólidas; y otros han sido inventores de sistemas útiles y benéficos al género humano; y, con todo, no han logrado que estos descubrimientos y otros sistemas se hayan admitido general y perpetuamente. Porque ¿qué contradicciones y qué variaciones no han sufrido los sistemas de la física, de la astronomía, de la medicina, y otras ciencias? ¿Y es posible que el sistema de la existencia de Dios, que según los ateistas, está destituido de todo fundamento de verdad, y es opuesto á la razón natural y á la felicidad de los hombres, haya sido admitido por todos los pueblos y en todos los siglos? Y aunque ha padecido sus contradicciones, ha sido por un corto número de hombres, que no han conseguido destruir este sistema en toda la tierra; ¿pero qué digo en toda la tierra? ni siquiera en un solo pueblo de toda la basta extensión de ella. Lo que han llegado á conseguir con todos sus esfuerzos, es hacer algunos prosélitos y secuaces,

entre los hombres de corazón corrompido y costumbres depravadas. El número de los ateistas es tan corto, comparado con el de los que creen la existencia de la divinidad, que se puede reputar por nada. Finalmente, los ateistas tan lejos están de haber generalizado su sistema para destruir el de la existencia de Dios, que son vistos por el común de los hombres, como abortos y monstruos de la humanidad.

Sever. El número de los ateistas no es tan escaso y mezquino como se ha querido suponer falsamente, según han demostrado algunos eruditos defensores del ateismo.

Clem. Sea lo primero, que muchos de los que se numeran entre los ateistas, son calumniados con esta nota; según se ha demostrado sólidamente con sus mismos escritos: y sea lo segundo, que aunque realmente lo hubieran sido todos los sujetos de que hacen mención los apologistas del ateismo, vuelvo á decir, que este número se puede tener por nada comparado con el de los que han admitido y admiten la existencia de Dios. ¡Ah! como se ve la debilidad de la causa que sostienen los ateistas; pues ha-

llandose combatidos con el argumento poderoso del consentimiento universal y perpetuo de las naciones, sobre la ecsistencia de la divinidad, quieren defenderse con citar un miserable número de hombres que la han negado.

Sever. No es extraño que se haya generalizado tu sistéma, habiendo sido inventado y sostenido por la política de los reyes y de los tiranos, que queriendo contener á los pueblos en la órbita de sus deberes, y tambien oprimirlos y esclavizarlos, fingieron un ser supremo, señor y juez de todos los hombres, que manda, que estos obedezcan y se sujeten en todo á sus superiores, y que tiene un gran poder para castigarlos, cuando no lo verifiquen. Así lo decia Cricias, tirano de Atenas; segun refiere Sisto Empirico libro 1.^o Numa Pompilio rey de los romanos, segun dice Tito Livio queriendo sujetar á aquellas gentes feroces, fingió que tenía comunicacion con la Diosa Egeria, y que esta le dictaba las ceremonias que eran mas agradables á los Dioses. Dec. 1.^o libro 1.^o cap. 8.

Clem. Primeramente, voy á citar contra tu dicho un testimonio para tí de grande peso y autoridad: las sigientes palabras de Pedro Bayle, gran patron del ateismo,

citadas en el diccionario crítico letra B.
 „Si lo que dicen los impios fuera verdadero, como es falsísimo que la religion no es otra cosa, que una invencion de los hombres, de la que han usado los que imperan para contener á los pueblos en sus obligaciones, se debe confesar, que los principes fueron los primeros que cayeron en los lazos que habian tendido para otros. Tan lejos está de que la religion los constituya señores de sus pueblos, que antes bien los hace súbditos de sus pueblos. Deben no profesar la religion que parece mas poderosa que ellos, sino la religion del pueblo; pues de lo contrario se destruye su imperio.

En segundo lugar, confieso ingenuamente que segun consta de las historias, muchos principes han abusado de la religion para sus fines particulares; pero este mismo abuso prueba, que los pueblos ya desde antes tenian religion; pues por respeto á ella se sujetaban á sus opresores; porque de otra suerte nada hubieran aprovechado los principes con su política. ¿Como hubieran podido los pueblos creer á sus principes solo sobre su palabra, acerca de la ecsistencia de un juez supremo é invisible, que se ma-

nifestaba á ellos solos, y esto con el fin de que tiranizasen á sus subditos, y que estos se sujetasen enteramente á sus caprichos y á sus antojos los mas injustos? Y si esta ficcion hubiera podido persuadirse á un pueblo bárbaro, no hubiera sido posible persuadirla á todas las naciones del universo, y mucho menos á las civilizadas y cultas, en que han florecido todo género de ciencias.

Es imposible que todos los hombres y en todos los tiempos, admitan un error segun esta máxima de Séneca: *ningun hombre engaña á todos los hombres*; y mucho menos si el error es conocidamente pernicioso, como se supone este, dirigido á esclavizar á todos los pueblos, y hacerlos infelices. Pero supongámos por un momento, que todos los pueblos cayeron en este error, ¿es posible que en tantos siglos no lo haya descubierto ni siquiera una nacion de las mas cultas y sabias? Si no, señálame cual ha sido esta, que abandonando la fe de la existencia de Dios militó bajo las banderas del ateismo. Pero, ya se ve, todos los pueblos han sido, y son tan ciegos y tan insensatos; que no han descubierto un error tan grosero y tan fácil de descubrir, y este descubrimiento estaba reservado á

un corto número de hombres, superiores á los demás, y que tanto se jactan de ser ilustrados é ilustradores del género humano.

En tercer lugar, pregunto: ¿quien fué el principe autor de este engaño, de este error: en que tiempo ecsistió: cual fué su pátria, y en qué nacion ejerció su imperio? ¿Será acaso el rey Numa Pompilio que me citaste? pero la respuesta es obvia y convincente. Antes del reinado de Numa, y aun de la fundacion de Roma, creían las demás naciones la ecsistencia de Dios. Moyses, legislador de los judios, que ecsistió ocho siglos antes que Roma; y Orfeo, Homero y otros escritores profanos, que aunque posteriores á Moyses, fueron anteriores á la fundacion de Roma, hablan de Dios, como de una cosa cuya ecsistencia creían los judios, y las otras naciones, y tú mismo has convenido en esto; luego el rey Numa no fué inventor de la ecsistencia de la Divinidad, sino que valiéndose de la creencia en que de ella estaban los romanos, para sujetarlos mas, fingió esa comunicacion con la diosa Egeria. Quanto á la sentencia de Cricias, que me citas, digo: que no basta que él lo diga, si no presenta algun documento ó

testimonio que compruebe su opinion: y que si él pensó de ese modo, infinitos de mayor autoridad han pensado del modo contrario.

Contesto por último con esta reflexión. Si de la ecsistencia de Dios resultaran obligaciones á solos los súbditos respecto de los príncipes, y no á estos respecto de los súbditos, podia haber algun fundamento para sospechar, que la ecsistencia de Dios era una ficcion, inventada por los príncipes para su propio provecho, y fines particulares; pero cuando de la ecsistencia de Dios nacen tambien obligaciones á los príncipes respecto de sus súbditos, y nace tambien la persuacion de que Dios es juez de unos y otros, y que tiene poder para castigar indistintamente al que faltare á sus deberes, es claro que entónces los príncipes no tienen interés en fingir la ecsistencia de Dios; porque si por una parte les es favorable, por la otra les es adversa, cuando faltan á sus obligaciones. Dime si no, ¿quienes han sido esos príncipes, que han asegurado que Dios ha impuesto obligaciones á los pueblos para con ellos, y no las ha impuesto á ellos para con sus pueblos? Concluyámos, que este ar-

gumento que me has propuesto, que es de Hobbes, de Espinosa, de Toland, y de otros apologistas del ateismo, es mas bien una ficcion de ellos para alucinar y seducir á los ignorantes é incautos, ya que carecen de razones para convencer á los instruidos y prudentes.

Sever. Aun hay otra causa á que atribuir el consentimiento de todas las gentes sobre la ecsistencia de la divinidad: esta es el temor. Los hombres viendo los relámpagos, oyendo los truenos y los rayos, sintiendo los temblores y sacudimientos de la tierra, y observando otros efectos de la naturaleza, que causan grandes impresiones de terror y de espanto, conocian la debilidad de sus fuerzas, y de aquí infirieron, que hay un ser superior á ellos, que los produce, de quien dependen, y á quien es necesario ocurrir en las calamidades. He aquí como el temor ha sido la causa de la persuacion de los hombres, acerca de la ecsistencia de Dios; segun cantó un poeta antiguo diciendo: *el temor fué el primero, que en el orbe de la tierra hizo los dioses, al caer del cielo los terribles rayos.*

Clem. Luciano refiere, ó mas bien finge un

célebre pasage sucedido en Abdera de Tracia. Dice, que un cómico llamado Arquelao, representó tan al vivo en esta ciudad la Andrómeda de Eurípides, que causó tales impresiones en el ánimo de los concurrentes, que arrebatados todos de un delirio, con semblante melancólico, y derramando lágrimas, no pronunciaban otras palabras, que Andrómeda, Medéa, Perseo, y los demás actores de la tragedia. A este modo los incrédulos fingen, que alguno, ó algunos de los hombres que no tenían idea de la ecsistencia de Dios, sobrecogidos por el terror que infundian las tempestades y temblores, fueron acometidos del delirio y frenesí de creer que hay en el universo un ser supremo, de que antes no tenían ni la menor noticia; y que representaron tan al vivo su terror, y la ficcion de la ecsistencia de este ser supremo, que de él se habia originado, que hicieron participantes de su demencia á todos los hombres que habitaban la tierra: con la diferencia notabilísima de que Luciano dice, que el delirio causado por la representacion de la tragedia lo padecieron solamente los habitantes de una ciudad, y solo en tiempo del estío,

pues llegado el invierno todos recobraron su juicio y cordura. Pero los ateistas dicen, que el delirio causado por el temor de las tempestades y terremotos, lo padecieron todos los hombres de toda la tierra, y que este se ha perpetuado en todas las estaciones del año, y en todos los siglos hasta el presente dia; sin que en tantos siglos haya convalidado de enfermedad tan peregrina, ni siquiera una nacion; y que ni siquiera un pueblo aun de los mas cultos é ilustrados haya conocido tal delirio y tal error: y que estando perfectamente cuerdos para tantas ciencias y tantas artes, en este asunto de la ecsistencia de la divinidad, todos estén delirantes é insensatos. Pregunto como curioso: ¿quienes son mas delirantes, los locos fingidos por los ateistas, ó los mismos fingidores?

Respondo diréctamente. La idea que de Dios debian haberse formado los hombres en tal caso, sería la de un ser terrible, cruel, armado de rayos y de tempestades, é incesorable á los ruegos de los míseros mortales; pero lo cierto es, que los hombres se han formado de Dios la idea de un ser bené-

fico y propicio, y de un padre amante y bondadoso, que siempre está inclinado á hacerles bien: y aun cuando lo han considerado justo, y vengador de sus injurias, lo han contemplado tambien misericordioso con el arrepentido. De aquí es, que para conseguir los bienes, para librarse de los males, y para aplacar la indignacion de la divinidad, le han dirigido sus súplicas, y le han ofrecido sacrificios. Estas nociones, estas ideas que los hombres tienen de Dios, no son hijas del temor, sino del amor y de la esperanza; y cuando temen á Dios como justiciero, este temor es mas bien un efecto de la persuacion en que están de que hay un supremo Juez remunerador, que al paso que premia la virtud, castiga el vicio. Pero diré mas: el temor está tan lejos de ser causa de la persuacion de la ecsistencia de Dios, que mas bien es la causa del ateísmo. He aquí la prueba fundada en la razon y en la esperiencia. Cierta clase de hombres, dominados por las pasiones mas violentas y furiosas, y empeñados en satisfacer los deseos de su corazon perverso, se ven cruelmente atormentados por los remordimientos de su concien-

cia criminal; y la idea de que los ve un juez ofendido con la infraccion de su ley, que tiene un poder infinito para castigarlos, derrama sobre sus placeres delincuentes el cáliz de la amargura, con lo que se irritan y ecsasperan. ¿Qué remedio pues, para gozar con tranquilidad de sus gustos y deleites? Esforzarse á borrar de su mente una idea que tanto los atormenta, y persuadirse, que no hay un Dios que vele sobre la observancia de su ley, que castigue las infracciones de ella; y de este modo entregarse mas desenfrenadamente á los apetitos de su corazon corrompido: luego el temor es mas bien causa del ateísmo.

Sever. Aun me restan algunas razones que proponer. Si ecsistiera Dios, necesariamente habia de ser una substancia infinita é inmensa. En este caso los demás séres no podrían ecsistir, pues serian escludidos por esta substancia inmensa.

Clem. Si Dios fuera una substancia corporal, es evidente que no podría ecsistir al mismo tiempo con otros séres corpóreos; porque estando Dios en todo lugar, los otros séres corporales no ten-

drian donde estar, pues dos cuerpos no pueden ocupar un mismo lugar á un mismo tiempo, segun demuestran los fisicos; pero siendo Dios, como realmente es, una substancia enteramente espiritual, no ocupa lugar; y de aquí es, que no es incompatible su existencia con la de todos los séres corpóreos, aunque estos se multiplicáran hasta lo infinito.

Sever. Si ecsistiera Dios, tendría en sí mismo todas las perfecciones posibles; por consiguiente, los demas séres no tendrían perfeccion alguna: mas vemos que en estos se hallan perfecciones admirables, y así ó no ecsiste Dios, ó carece de todas las perfecciones que están repartidas en los otros séres.

Clem. Ecsiste Dios: tiene todas las perfecciones: y como es omnipotente, pudo crear otros séres, y adornarlos de las perfecciones que fueron de su agrado: y como éstas se hallan en séres limitados, son ellas tambien limitadas; con lo que es compatible, que Dios, sin perder nada de sus perfecciones infinitas, produjera en las criaturas unas perfecciones limitadas, correspondientes á la limitacion de su naturaleza.

Sever. Si Dios crió al mundo, lo crió por

alguna causa: pues ¿cuál pudo ser esta? No lo crió por los hombres buenos, porque estos son poquísimos: no lo crió por los malos, porque estos son indignos de tan grande beneficio.....

Clem. Dios crió al mundo para comunicar su bondad á las criaturas, y para hacer brillar y resplandecer su sabiduría, su poder, su providencia y demás atributos.

Sever. Para que Dios comunicára mas su bondad, hubiera sido muy conveniente que hubiera criado al mundo muchos siglos antes, y no hasta ahora siete mil años.

Clem. Dios obra no solo por bondad, sino tambien con sabiduría: y, así, á los fines que se propuso, convino crear el mundo ahora siete mil años, y no siglos antes. Pero supongámos que lo hubiera criado ahora diez mil; en este caso tambien preguntarian los ateistas, ¿por qué no ahora veinte mil? y así estarian preguntando interminablemente, con el fin de persuadir, que el mundo no fué criado, sino eterno; y de este modo echar á un lado la prueba poderosísima, que de la creacion del mundo resulta en favor de la existencia de Dios. Pero de esto ya he dis-

currido, manifestando: que el mundo ni es, ni pudo ser eterno.

Sever. Todos los que creen que hay Dios, defienden que es santo y justo: pues ¿como permite tantas maldades y delitos que se cometen en el mundo? y así, ó no ecsiste, ó carece de los atributos de la santidad y de la justicia; y, en este segundo caso, tampoco ecsiste; porque un ser que carece de estos atributos, no puede ser Dios.

Clem. Dios permite estos males, para sacar de ellos grandes bienes. Se manifiesta y resplandece su paciencia en sufrir al pecador, y en darle tiempo para el arrepentimiento: resplandece su providencia en los auxilios y medios que da al delincuente, para atraerlo á la penitencia: brilla su misericordia en perdonarlo, si se arrepiente: ostenta su omnipotencia en sostener al pecador penitente, para que no recaiga en sus pasados excesos: y, en fin, si el hombre culpado se obstina en seguir en el camino de sus desordenes, entónces se manifiestan la santidad y la justicia de Dios en castigarlo. Es innegable, que el ejercicio de estos atributos divinos, es un grande bien, pues de ellos resulta á Dios tanta gloria.

De que Dios permita los pecados, tambien le resultan al hombre grandes bienes. Al ver la paciencia con que Dios le sufre, y la bondad con que le llena de beneficios, en el mismo tiempo que lo está ofendiendo, se escitan en su corazon los afectos de la gratitud, y los impulsos á reconciliarse con un bienhechor tan generoso. De aquí dimana el ejercicio de la virtud de la penitencia; la humildad que el hombre adquiere despues de levantado de sus caidas; la compasion con que ve la flaqueza y las miserias ajenas, considerando las suyas propias. Comunmente de los delitos que cometen unos hombres, reciben otros perjuicios é injurias; y esto es una ocasion para los ofendidos de ejercitar la mansedumbre en sufrir, y la generosidad en perdonar. Basta con esto para convencerte de los grandes bienes que resultan de los males que Dios permite que haya en el mundo.

Sever. Vemos que el vicio triunfa, y la virtud es oprimida: los perversos gozan de prosperidad, son ecsaltados, viven felices y contentos, y son el objeto de la envidia de los demás hombres: por el contrario, los virtuosos viven sumer-

gidos en la miseria, son despreciados y perseguidos, respiran la tribulacion y la amargura de que está agoviado su espíritu, y son un objeto digno de compasion. Pues si ecsistiera Dios, estaria cambiada esta suerte. Como justo remunerador concederia en premio á los virtuosos, el goce de los bienes; y á los perversos les aplicaria en castigo aquella porcion de males, correspondiente á su iniquidad. Conque si no hay esta remuneracion, es una prueba concluyente de que no ecsiste Dios.

Clem. Primeramente: es falsísima la proposicion, si se toma con tanta generalidad, diciendo, que todos los hombres viciosos gozan de prosperidad; porque la historia y la esperiencia enseñan, que ha habido y hay multitud innumerable de hombres malos, sujetos á una suerte miserable y desgraciada: otros desde la cumbre de la fortuna han sido derribados hasta el abismo de las calamidades y de la adversidad: y otros han acabado la escena de su vida con un fin trágico y lastimoso. Vea-se, por ejemplo, la historia de los emperadores romanos, que se consideraron como señores del universo, y se hallará, que la mayor parte de los Cé-

sares viciosos terminaron su ecsistencia de un modo muy funesto y desventurado. Jamás acabaria yo si quisiera citar los infinitos ejemplares que confirman esta verdad.

Lo segundo: que no hay hombres tan perversos, que no tengan algo de bueno; y sin embargo que son indignos de algun prêmio, y solo dignos de todo castigo, es tanta la bondad de Dios, que quiere premiarlos con bienes temporales, por las pocas obras buenas que practican.

Lo tercero: observámos que muchos de los pecadores poderosos suelen emplear parte de su fortuna en beneficio y consuelo de los miserables; y en fin, esta prosperidad que disfrutan, es un motivo capaz de ecsitar en su corazon la gratitud para con el soberano bienhechor, que es Dios, para que convirtiendose á él, le amen y le sirvan como deben.

Sever. Y los pecadores que carecen de estos bienes, ¿cual es el premio que reciben por las pocas buenas obras que hacen?

Clem. Lo primero: Dios no está obligado á premiar al que le ofende y lo desprecia: y si concede algun premio tem-